

can los historiadores, de allí su cualidad de crear lectores de historia.

*Profetas del pasado. Quince voces de la historiografía sobre México* nos recuerda a otros literatos que han hecho sugerentes aportes a la historia. No me sorprendió ver a Octavio Paz entre los varios veces mencionados en el libro: mis alumnos lo cuentan como uno los desenterradores de una Nueva España que había permanecido por mucho tiempo por debajo de Méxi-

co. También era obligado citar a José Luis Martínez, que cambió nuestra idea de Hernán Cortés. Recordarlo me permite trasladarme hasta el final del prólogo de Christopher Domínguez, a la parte donde comenta lo inciertas que son las huellas de las entrevistas como género moderno. Quisiera recordar que José Luis Martínez descubrió la que aceptamos como la primera entrevista de América. Sucedió en la fortaleza de Santo Domingo ha-

cia 1544: el cosmógrafo Fernández de Oviedo escribía en las islas sobre lo que sucedía en la tierra firme y nada mejor para saberlo que preguntándolo. Así fue como le solicitó al conquistador Juan Cano, entonces casado con la hija de Moctezuma, Isabel, antes esposa de Hernán Cortés, que le informara sobre lo que pasaba y había pasado en el continente. Conservó Oviedo el testimonio del encuentro en la forma de preguntas y respuestas.

## De historiadores batallistas

### Salvador Rueda

Alicia Olivera (coord.), *Mi pueblo durante la Revolución*, 2ª. ed., 3 vols., México, INAH, 2010.

**H**ace veinticinco años leí por primera vez el conjunto de testimonios que forman los tres volúmenes de *Mi pueblo durante la Revolución*. Era la etapa final de un largo trabajo que comenzó en 1983, en el que la maestra Alicia Olivera había invertido toda su atención y diversificado sus actividades: redactó cartas, confirmó envíos, decidió tonos y temas de una convocatoria —que digámoslo al paso, inspiró otras recopilacio-

nes testimoniales—, vigiló los pasos de un concurso que se abría con muchas incertidumbres y con presiones de tiempos políticos, esperó y esperó la respuesta, atendió con ansiedad los distintos testimonios que fueron llegando a su escritorio.

Yo sólo miraba sus afanes, testigo curioso pero poco comedido, y volvía a hundir mis narices en mis propios asuntos —importantísimos, tanto que ya no recuerdo qué trataban—. Aprendí entonces de la enorme inversión de esfuerzo que un proyecto como el que amasaba la maestra Alicia Olivera requería, de ella y de sus colaboradores y voluntarios. Llamadas a las autoridades del INAH pidiendo apoyo secretarial,

llamadas a la dirección del Museo Nacional de Culturas Populares, con el admirado antropólogo Guillermo Bonfil, para ajustes de agenda con jurados, entrevistas a posibles ayudantes, a los que tenía que explicar todo y enseñar a ordenar materiales como los que comenzaban a llenar su espacio de trabajo. No mucho después, estaba la historiadora Olivera ocupada en la selección de los trabajos, para finalmente, todavía sin calma, comenzar la edición para su publicación.

Con nobleza, agradeció en aquella ocasión personalmente a sus colaboradores; ahora, con la segunda edición, pudo hacerlo por escrito, como lo mandan los cánones de la cortesía académica.

Por fin, en ese 1985 tres tomos en pasta rústica, de color blanco como lo eran las series del INAH en aquel tiempo, estaban encima del escritorio. Entonces la maestra Alicia Olivera me invitó —con la simpleza del reclamo merecido— a abrir los libros. Me dijo: “A ver si ahora si te dignas a echarles aunque sea un ojito”. Aunque ensayé una indignación falaz, la verdad es que con vergüenza comencé por el principio. Pensé entonces que tardaría meses en leer todos los textos, los que Alicia Olivera y sus colaboradores habían tenido que apresurar en muy pocos días. Pero no: tal vez un par de semanas, pues cada uno de los testimonios me atrapó y permitió la lectura de un tirón.

Fue lectura de un historiador acostumbrado a moverse entre los discursos subjetivos de los testimonios. Me divertían las acrobacias de la memoria, en ese inútil esfuerzo por atrapar la vivencia personal en las redes de las cronologías absolutas, esto es, en las fechas exactas. Por experiencia sabía que eso, que para el autor del relato era muy importante, era en realidad secundario, y que el esfuerzo era en la mayor parte de los casos, inútil. Siempre se equivocaban las coordenadas... porque siempre nos equivocamos. Más importante me parecían otros asuntos.

Así, en aquel entonces, y como reflejo de mi propia biografía académica —construida bajo la dirección de la misma maestra Alicia Olivera— leí los relatos que recordaban los inicios del siglo XX como quien consulta una fuente de investigación tan útil y noble como

cualquier otra, y también tan fría, tocada por el extrañamiento de la distancia entre lo relatado y el presente. Me interesaban los mecanismos culturales que llevaron a los pacíficos ciudadanos mexicanos a organizarse en clubes políticos contra el presidente Porfirio Díaz y su costumbre reeleccionista; buscaba saber por qué era tan importante la letra escrita —y la lealtad a los planes revolucionarios, por ejemplo, el de Ayala— entre campesinos analfabetas; me interesaba entender cómo los mansos agricultores y no tan mansos rancheros, arrieros y mineros formaron grupos armados resistentes, con capacidad de reproducción a pesar de las bajas constantes que les cobraba la lucha rebelde; me interesaba entender y explicar los artificios de la memoria que permitían la riqueza de la historia oral, entonces todavía novedosa técnica de conformación de archivos testimoniales, y su distancia con respecto a lo consignado por otras fuentes, incluyendo los de su misma naturaleza, como lo mostraban las diferentes versiones de dichos de los jiquilpenses sobre la rebeldía de Lázaro Cárdenas y la abismal distancia con lo que el mismo Cárdenas había escrito del mismo tema en sus *Apuntes*. Me atrapó la lectura, por las posibilidades de una fuente montada entre la antropología y la historiografía.

Un tercio de mi vida ha pasado desde entonces. Otra vez la maestra Alicia Olivera me reclamó mi desatención y pidió que le invirtiera un tiempo a presentar la segunda edición de *Mi pueblo durante la*

*Revolución*, también con el sello editorial del INAH. Como otras veces, en este caso no hubo “pero” que valiese. Puntualmente me hizo llegar los tres tomos de la obra, de entrada más atractivos que la edición príncipe, con una dedicatoria que me señalaba los años que han pasado en los afanes historiográficos y particularmente en los que ella fue mi formadora. Quise entender su nota más como una instrucción que como cariñosa cortesía. Así que la lectura de hoy no podía ser como la de hace un cuarto de siglo. Y no lo fue. Con inquietud, me vi como aquel personaje de Borges, Pierre Menard, autor del Quijote. Sentí el peso de la distancia, y de entrada, comprendí el mecanismo de la memoria que la hace preciosa pero falaz, enemiga de la precisión geométrica, de ese mecanismo que hace de la cronología absoluta una sombra sin función, porque el alma del relato descansa en otro lugar. Y lo que hace veinticinco años me divertía, hoy me estremeció.

Voy a abusar un poco de su paciencia y a encaminarlos a la síntesis de mi lectura. El propósito es invitarlos a hacer la suya propia. Empecemos por el principio: la coordinadora de esta compilación —y de la convocatoria que permitió seleccionar esta treintena de escritos— explicó los motivos que la impulsaron hace dos décadas y media a encabezar ese proyecto. Dicho sea de paso, esta pertinente explicación estuvo ausente en la primera edición. Se trató de ofrecer “un instrumento útil y también novedoso para el estudio de lo que fue la Revolución de 1910” y lograr la aten-

ción de los ya entonces ancianos que quisieran “recordar y dar testimonio por escrito o verbalmente de diversas costumbres, anécdotas o sucesos históricos ocurridos durante los años de 1910 a 1920”.

En ese entonces se conmemoraban los 75 años de la Revolución mexicana. Habría que agregar, también, que en los ámbitos académicos ya era largo el debate sobre su carácter político reformador o revolucionario, y de la participación popular como revuelta, gran rebelión o, por cierto, una revolución. La llegada de estos testimonios, sumados a los de los diferentes programas de historia oral que hacia 1985 se habían desarrollado en varias instituciones y bajo distintos puntos de vista metodológicos, vinieron a completar un paisaje historiográfico que parecía haberse agotado años atrás, cuando se pensó en la encrucijada de la revolución o se preguntó para qué había servido y si, extremada y extenuada, habría ya muerto.

No era para menos. Se había usado y abusado de los relatos de la Revolución a lo largo de tres generaciones. Todas las expresiones artísticas habían ensayado sus muy singulares interpretaciones; y sobre todo, millares de discursos políticos la habían convertido en un fetiche; innumerables memorias personales de ánimos apologeticos o justificadores de políticos y militares veteranos se habían amontonado, por años, en los estantes de las librerías (como confesó, en un recuerdo juvenil de abuso psicológico, haber padecido Jorge Ibarguengoitia).

Una urgencia vital presionó a la maestra Olivera en 1985: tres cuartos de siglo eran el último extremo biológico para cualquier memoria viva de la historia, memoria lúcida, de testigos verdaderos. Así lo explica en su nota a esta segunda edición: “no sólo interesaban los datos, sino mostrar a los propios participantes que lo que sabían y recordaban era muy valioso para otras personas y para la sociedad mexicana en su conjunto”. En aquel entonces me pareció un argumento más que razonable; de hecho, se daba la palabra a los “otros” mexicanos, a los que no fueron protagonistas destacados sino a los que fueron “Juan soldado”, a las mujeres —que eran, sin saberlo, la indispensable logística cotidiana en ejércitos de magra retaguardia—, a los militantes y a los mirones, a los valientes y a las víctimas. “Todos los testimonios reunidos en la obra tienen varios niveles, desde el emotivo hasta el histórico y el literario”, explica la maestra Olivera:

Casi todos los participantes en el concurso eran niños en aquellos años y nos hablan de cómo transcurría su infancia en el campo o en las ciudades, cómo funcionaba la cultura popular, cómo tenían que esconderse cuando llegaba a su comunidad una fuerza u otra. Cómo podían sobrevivir gracias a su conocimiento de las plantas y de los caminos; cómo funcionaba la solidaridad familiar y comunal por encima de las diferencias de bando durante la Revolución. Cada uno de los relatos tiene

una riqueza, un detalle, una anécdota que son fascinantes.

La convocatoria, aunque abierta, fue puntual. En el temario se señalaban las descripciones de la vida diaria, la participación de los vecinos de su localidad en las fuerzas en conflicto, las causas y los efectos de la lucha en la región, el conocimiento que se tenía de los personajes y de los ideales de lucha, en un abanico de asuntos que permitían la libre asociación de los recuerdos. Se recopilaron entonces grabaciones, escritos, fotografías, copias de documentos personales, cartas, telegramas, hojas sueltas, versos y apuntes de las “historias de viejos”, que seguramente no sobrevivirían a sus poseedores. Entre los resultados patentes, se logró dibujar una historia seca, ruda, verosímil, sufrida al vivirla y al recordarla. Con pudor, se taparon “agujeritos de la historia de la Revolución”, como tituló su participación un jalisciense que nació en 1895.

Por su parte, Guillermo Bonfil, la otra alma del concurso, con perspectiva de antropólogo social, dejó la marca de su sello personal en el propósito de esta convocatoria. Escribió para la edición de 1985 que el objetivo del proyecto era:

Recuperar la memoria, no como actividad académica que ocupa sólo a los especialistas, sino como práctica social en la que participan las mayorías, es un ejercicio necesario; recuperar la memoria: tener presente los acontecimientos que han hecho a un pueblo tal como es, para que

cada generación sienta y sepa que pertenece a una historia, que es un eslabón más, ligado al pasado lo mismo que al futuro. Recuperar la memoria, porque sin la presencia del pasado es imposible alcanzar una certera conciencia del presente o formular un proyecto hacia adelante. Hay mucho que aprender, sin duda, si se recupera la memoria. Ni todo tiempo pasado fue necesariamente mejor ni lo de hoy supera, sólo por ser actual, lo que hubo ayer.

Permítaseme seguir con la cita de Bonfil:

¿Qué se pretendió con este concurso? ¿Simplemente alimentar la curiosidad y la nostalgia o recabar algunas minucias para los historiadores? La intención iba más lejos. Se trataba de obtener información testimonial que diera cuenta del acontecer cotidiano durante aquellos años, en los más diversos puntos del país, tanto en el medio rural como en las pequeñas ciudades y en los distintos barrios de la capital. No los grandes hechos de la guerra, narrados sólo por excepción, sino la vida diaria, las mil maneras de sobrevivir, lo que significaba para muchos el ir y venir de los contingentes militares, la leva, el que los hijos se enrolaran en “la bola”, las penurias, la muerte, la esperanza o el desconsuelo que despertaba en cada quien la lucha que incendiaba al país entero.

Y es que Bonfil buscaba encontrar las llaves de la cultura popular

mexicana, y difundir ampliamente lo que en proyectos como éste se descubriría de nosotros mismos. Testimoniar “la vida del pobrerío” para usar la frase de Bonfil, de los “revolucionados” como dijo Luis González de la inmensa mayoría de pacíficos, que sin embargo se describieron a sí mismos en relación con Carranza, Obregón, Zapata, Ché Gómez, Madero o Villa.

No imaginé que una segunda lectura pudiese lograr algo más que refrescarme la memoria. Hizo mucho más. Hace 25 años la lectura de estos testimonios nacía de la curiosidad por conocer la mirada “civil” de la Revolución; ahora, a cien años de su inicio, envueltos en la tendencia entre los historiadores a trazar un relato sombrío del movimiento que comenzó Francisco I. Madero, los testimonios adquieren valores singulares: la guerra que se desarrolló entre 1910 y 1920 fue un terrible quebranto a una cotidianidad ya en sí misma difícil, insufrible en algunos casos.

Sin embargo, el rostro sombrío, la guerra revolucionaria, sería sólo un vergonzoso recuerdo sin el efecto de la posguerra, esto es, sin el regreso de la política a los terrenos de la palabra —hecha leyes, instituciones e incluso demagogia—. Pero lejos de las violencias y del delito. Y este asunto, hoy lo podemos entender, se dirige al corazón del aquello que Nichola Chiaramonte denominó “la paradoja de la historia” —según pudimos leer en un librito del INAH que nos ofreció Antonio Saborit en 1999, quince años después de la aparición de *Mi pueblo durante la Revolución*—. Pues brinca un denominador común en los treinta relatos —alguno de ellos, el de Ma-

cario Matus, elaborado con la suma de varios testimonios oaxaqueños: la guerra revolucionaria fue totalmente destructiva, acabó con vidas, propiedades, ideas, costumbres, éticas... y fue la partera del México nuevo, el que separa del orbe porfiriano, injusto y desequilibrado. Los treinta testimonios abren a la reflexión sobre el efecto de los hechos históricos en el individuo. Esta relación lleva a pensar sobre la idea histórica de las cosas, sobre la idea de destino.

La guerra fue terrible, como los son todas. Pero no es la descripción de las penurias ni las decisiones atroces que nutrieron esa guerra el único cuerpo de la Revolución; no solamente las violencias y muertes que quedaron en cada una de las memorias en gente de todas las latitudes. Es el hecho de haberlas sobrevivido, interpretado y vuelto palabras lo que resulta admirable. También, si lo vemos con atención, esta característica hace de todos los relatos seleccionados testimonios de vencedores, no de la guerra y ni siquiera de cada uno de los actos bélicos que tanto atormentaron, tampoco de los avatares políticos siempre lejanos a sus voluntades, sino triunfadores sobre la torpeza de los guerreros portadores de iniquidades y no de ideales, triunfadores de las impunidades que quedaron al margen de la historia “noble”. Esta historiografía que nos pone en las manos Alicia Olivera es un género literario que da orden a lo inexplicado del mundo y sus tendencias a la destrucción y a la muerte como acto gratuito. Ofrece orden en los hechos y en las conciencias, porque después de tan tremenda experien-

cia y de una guerra esos mexicanos fueron capaces de construir un estado nacional, con sus legalidades y signos de identidad que no fueron perfectos, pero que propiciaron la restitución de tejidos sociales totalmente deteriorados.

Al ordenar los recuerdos y transformarlos en relatos, hicieron énfasis en asuntos cuyo rasgo dramático llamaba la atención a los demás: relatos interesantes, contados apasionadamente, biografías sintéticas de tragedias personales, ofrecidas sin duda con resabios de “temor y temblor” para describir los artificios de la supervivencia.

El poder queda desenmascarado como una cosa ambicionada y tangible, no un ejercicio sino un objeto. El poder estaba en la ciudad de México, era la silla presidencial, era la banda tricolor o residir en el palacio de gobierno o en el Castillo de Chapultepec. El poder podía ser arrebatado. Pero era competencia de “esos otros seres”, los políticos y los caudillos. Para los narradores, el poder real estaba en los campos de batalla, en los caminos que fatigaban arrieros siempre amenazados, eran caballos, rifles, haciendas, pueblos, salvoconductos, juzgados municipales, palabras de sentencia de muerte o de perdón, en el acto de rapiña contra los muertos y los indefensos... Allá, las razones de Estado, aceptadas como inevitables pero incomprensibles; acá, cerca de los testigos, era la ley del más fuerte. Era el incontrovertible hecho de la guerra llamada Revolución —la “tragedia de la historia”, para robar la frase a Christopher Domínguez—. Sólo después, en la paz, dio frutos que redondearon los recuerdos y los relatos.

Se recorre, en fin, desde la esperanzadora visión de la transformación para mejorar, hasta la desesperación y el cansancio vital que orillaron a dejarse morir —o ser ejecutados. Es el puente que va desde la fe en la historia hasta el escepticismo, de la invención de los héroes que son hombres imposibles —mártires de bronce— hasta los pandilleros inverosímiles: la Revolución los produjo, tanto en la historia como en el imaginario. Si no, pensemos tan sólo en las figuras de Emiliano Zapata para el primer caso, y en la de José Inés Chávez García para el segundo; la misma guerra, diferentes biografías. Leer estas historias permite saber el signo de la violencia; diría Foucault que para muchos de los narradores, el recuerdo se desdobló en el “protocolo de un sueño liberado”. No sin peligros tan altos como el olvido del pasado: el mismo Foucault refirió al extrañamiento que nace de las lecturas: “Lo que pasa por fantasma no es quizá nada más que documentos escritos: dibujos o libros, figuras o textos”. Este peligro amenaza estos relatos si no se leen con una petición de principio: las palabras que guardan estas narraciones son ventanas de la realidad, trazos de las particularidades del México de finales del siglo XIX y comienzos del XX; sus actores fueron seres humanos con nombres y apellidos, envueltos en violencias que muchos de ellos engendraron; no son pura imaginación. No lo son, a pesar del carácter fantástico que no pocas veces otorga el relato; pensemos, si no, en la narración de un Chávez García como desfachatado fantasma, que hecho alma en pena

buscó las bendiciones de su padrino el cura muchos meses después de morir de influenza. O en la idea del Estado nacional, el más frío de los monstruos fríos —para repetir a Nietzsche— encarnado en Porfirio Díaz, Victoriano Huerta, Carranza o Álvaro Obregón, y negado por Villa y Zapata. Y ésta es, puedo adelantar una primera conclusión, la lección del centenario: es la ubicuidad de hombres y mujeres en su circunstancia, un pasado duro, que aprendieron a transformar y lograron heredarnos.

Probemos una segunda conclusión. Hace unos meses leí un libro sobre la vida y la muerte en la Revolución, en la que se describía al periodo de 1911-1920 como el de la caótica geografía sin historia, del desorden contingente de pandillas armadas que mataban y morían de modo irracional. No me gustó la afirmación, pero no pude más que aceptar que para buena parte de los mexicanos, como los que padecieron a Chávez García o a las bandas villistas sin bandera de Jalisco, o a los contrarrevolucionarios en Oaxaca, o a los federales y carrancistas en Morelos, Puebla y el Estado de México, o a todos los bandos beligerantes en la ciudad de México, para todos los revolucionados, era la verdad del más contundente y brutal impresionismo. Desencanto y escepticismo que son rostros de Jano: es la perspectiva moderna sobre la historia. La pérdida de la fe, el pensarse como producto contingente no de la crisis sino del caos, del permanente desorden social, son caldos de cultivo de la hipercrítica y la amargura de la novela y de la historiografía menos complaciente pero también más subjetiva; así, para

muchos de los narradores de esta obra se trató de una larga experiencia de guerra que tuvo un alto costo personal, apenas resarcido por las reformas sociales que se sintieron en la calidad de vida en las zonas rurales y urbanas, en haciendas, ranchos, minas, fábricas y escuelas... Ese desencanto no es tan sólo un fenómeno de biblioteca; es el retrato a muchas manos de una sociedad enferma de la guerra que, tan casualmente como comenzó su malestar, convaleció superando muchos de sus traumas. Entonces pienso en la frase de Alexander Herzen, anarquista que murió en 1870: en lo que toca a la guerra “no somos los médicos, somos la enfermedad”. Herzen, por cierto, fue el autor del lema “Tierra y Libertad” que falsamente se atribuyó en los años de la posguerra revolucionaria a Zapata y al zapatismo.

Una tercera conclusión, tan apresurada y simple como las otras dos. Los relatos, como lo afirma la maestra Alicia Olivera, lo mismo pueden acomodarse en la literatura que en la historia. Yo sería más puntilloso: a cien años del acontecimiento, están más cerca del cuento que de la ciencia, de la pieza literaria que del recuerdo objetivo. Paradójicamente, sin embargo, puedo adivinar que nunca alcanzarán el estatuto de literatura pura, al no desprenderse de su raíz viva, memorística.

Antes de terminar quiero destacar uno de los relatos, el que transcribió Macario Matus y que la maestra Olivera ofrece en el tomo segundo. Se trata de las memorias de la soldadera juchiteca Ana Ruiz. No es el recuerdo de la Revo-

lución propiamente dicha, ni de su pueblo; es la dolorosa descripción de la batalla de Ocotlán, Jalisco, en 1924, en la que murieron decenas de juchitecos y yaquis leales a Obregón, la misma batalla que casi le cuesta la vida a Lázaro Cárdenas. El relato de Ana Ruiz es magistral: transmite esa sensación de orfandad, de soledad, de desprendimiento de la realidad ante los cadáveres de los soldados destrozados, de los muchos rostros sin nombre propio que fueron recogidos para ser incinerados y olvidados. La atmósfera del paisaje después de la batalla, con sus olores de carne chamuscada y pólvora, de podredumbre y de llantos y quejidos, todo eso queda dibujado con nitidez por la memoria privilegiada de Ana Ruiz. Es inevitable pensar en la descripción de Stendhal después de Waterloo; o la de Víctor Hugo y las mujeres de la némesis napoleónica, que hurgan entre los cadáveres para sobrevivir: la misma maestría en el manejo de las circunstancias, la misma imagen de desamparo por la incompreensión de lo que pasa en el frente de lucha, por el desconocimiento de las banderas que se atacan y los ideales que se defienden... Escribió alguna vez Emmanuel Le Roy Ladurie: “Fabrizio del Dongo es el que está en lo cierto: una batalla, sea la que sea, existe ante todo en la imaginación de los historiadores ‘batallistas’ que reconstituyen *a posteriori* la totalidad del enfrentamiento, el cual era imperceptible en el nivel del combatiente de base. La historia-batalla tiene, pues, probabilidades de ser tan posfabricada como patriótica”. Esto es, posibilidades de ser por

igual descalificada y sobreestimada, agregaría yo. En la base, entre los que guerrear, el instinto hace la diferencia entre vencedores y derrotados; la ignorancia y la muerte son signo de igualdad. Es, otra vez con Chiaramonte, la paradoja de la historia.

Es posible, así, encontrar el hilo conductor en cada una de las tramas en los treinta relatos. Se vislumbran leyes de la memoria y de la oralidad como fundamento de la literatura —y de la historiografía, género literario, si se me permite la reiteración—. Es notable en todos los casos de esta obra la regla de la retórica: se hicieron énfasis en asuntos cuyo rasgo dramático llamaba la atención al auditorio o a los lectores; se contó apasionadamente de aventuras personales —todas con valores morales y desenlaces acordes a la fábula— y desenmascaró a la guerra y sus falsos rasgos gloriosos, con “temor y temblor” relataron sus artificios para sobrevivir y sobrellevar, temor y temblor que imagino que no se parecen al del filósofo místico ni al del apóstol, sino a hombres de carne y hueso y con necesidades vitales y sentimientos y dignidad. Todos los narradores, como la mayoría de los testigos de la Revolución, eran gente de bien que relataron lo peor de la condición humana; su construcción tiene el sabor del desagravio: Fueron ellos, no la Revolución y menos la guerra y sus actos ignominiosos, los verdaderos edificadores de la modernidad mexicana. Son ellos, a mi parecer y después de veinticinco años del encuentro inicial con sus memorias, ejemplo de lo mejor de nuestra naturaleza.